



Entre imágenes y palabras Ignacio Nacho abre una ventana de papel a su singular universo

El cineasta, director de teatro y actor malagueño lanza *Cósmicos* (Allanamiento de mirada), su primera novela, que habita su mundo humorístico, absurdo y delirante pero «con cargas de profundidad»

Víctor A. Gómez

Málaga, 25/Abr/2025

Personajes que se llaman Lerdo o Prepucio (la protagonista de la historia es Tropezón). Frases como «Es duro reconocerlo, pero mi pelota de béisbol me reporta más cariño que mi padre, mi madre y la inmensa mayoría de mis veintidós hermanos» o «Fue una boda preciosa. Mucho más bonita que mi boda anterior, en la que mi marido perdió la vida». Son pequeños ejemplos del casi **inagotable universo de excen-tricidades, bizarradas y ocurrencias**, divertidísimas que es *Cósmicos* (Allanamiento de Mirada), la primera novela del cineasta, director de teatro y actor Ignacio Nacho.

Ya en la primera página, Tropezón cuenta cómo su abuelo entró a un banco con un rifle y **disfrazado de payaso**; hubo un tiroteo y el hombre intentó arrebatarse a una clienta a su bebé para protegerse de los disparos pero finalmente pudo hacerse con un libro, que terminó amortiguando el impacto de dos balas y que, por tanto, prometió leer regularmente a modo de agradecimiento. Son sólo los primeros párrafos de una novela entre el delirio y el absurdo, con un humor, ya se habrán dado cuenta, no precisamente para todos los públicos. Pero si *Cósmicos* encuentra a su lector, prometido, **éste se lo pasará en grande**, como suponemos que el autor mismo se habrá carcajeado solo al escribir cosas como «¿Crees que debería afeitarme? No, todo lo contrario. Considerando que su compañero de trabajo será un perro, mejor que tenga usted vello abundante. Para que el animal no se sienta discriminado». «Está un poco feo decirlo pero me he reído bastante, sí [Risas]». Y prosigue: «Recuerdo una anécdota de mi padre: un día se estaba riendo solo y le pregunté de qué se reía y me contestó: Es que me acabo de acordar de un chiste que no sabía. Y a mí me ha pasado un poco con la novela: **no me he reído tanto durante la escritura** sino durante la reescritura; no tengo muy buena memoria y yo mismo me olvidaba de los chistes que escribía. Cuando no me acordaba de ellos me hacían mucha gracia, es como si los hubiera escrito otro».

En *Cósmicos*, Tropezón y su grandísima familia (22 hermanos varones) viven en un pueblo llamado Nada, que dispone de su propia moneda (los habitantes pagan en halagos y recuerdos), tienen su propio Dios y buscan su progreso personal de todo tipo de maneras, casi siempre abracadabrantes (la propia protagonista termina siendo arzobispa y casándose con una mujer). Pero no crean que la novela es una

humorada; debajo de lo que podrían parecer disparates *per se*, hay «cargas de profundidad», dice el autor. «**Siempre intento en mis obras crear muchas capas**, que el espectador se adentre hasta el punto que le resulte apetecible. Yo creo que mis piezas son muy duras, aunque, claro, los extremos siempre se tocan y a veces el drama exacerbado puede provocar cierta hilaridad, y más si a veces voy buscando intencionadamente una situación desmedida», reflexiona Nacho.

Ventanas, espejos

La novela tiene bastante que ver con **obras audiovisuales** del malagueño como *Casa Paco* (2002) o *Poliedro* (2005), unas **visiones de la realidad desmedidas**, a veces grotescas. «Los primeros referentes que tengo son de artistas que retorcían completamente la realidad. Me fascinaban Fellini, Buñuel... Individuos que construían ventanas desde las que yo me podía asomar a paisajes que no tenían nada que ver con la realidad en la que yo habitaba. Ésta es la diferencia entre un artista y un **plagiador de la realidad**», asegura. Eso, claro, resulta exigente con quien recibe la pieza, el lector o el espectador: «Entiendo que la gente reaccione con cierto desconcierto hacia esas visiones tan desmedidas porque no encuentran asideros a los que aferrarse, porque creo que la gente en el fondo lo que busca no son ventanas sino espejos. A mí la realidad, tal y como la entendemos, me aterra y me aburre pero no me fascina; a mí lo que me gusta es construir, no recrear».

Y en esa ambición, mientras que en el cine el malagueño ha tenido que ir «**amabilizando**» sus conceptos, la literatura está resultando un aliado esencial: «Tengo amigos literatos que me pintaban este mundillo muy mal. No, esto es imposible, nadie vende libros, me decían. Así que yo pensé: Pues total, si no voy a vender ningún libro, **voy a escribir el que me gustaría leer** [Risas]. Y eso es lo que he hecho. No sé si me resultará lucrativo en algún momento, pero espiritualmente estoy felicísimo», explica Ignacio Nacho.

Ha influido en ello también que, por primera vez en su vida, **ha escrito «sin pensar en presupuestos»**: «Cuando escribo guiones y obras de teatro, siempre tengo que pensar en un número reducido de personajes, de localizaciones, en situaciones que puedan afrontarse a través del verbo y no de imágenes de producción compleja porque todo eso encarece los procesos y los ralentiza. Ahora no, lo único que tenía que hacer era fluir y volar. Al principio estaba agarrotado, me saltaba el diferencial: Pero qué estás diciendo, cómo vas a escribir algo así».

Tampoco en la literatura ha encontrado el equivalente al productor que rebajara el tono de sus ideas. «Cabía la posibilidad de que el editor pusiera alguna cortapisa, pero, claro, teniendo en cuenta lo delirante de la pieza sería muy extraño que me dijera: «Sí, todo me gusta, menos que el perro hable». Desde luego, a Paco Espínola, responsable del sello granadino Allanamiento de Mirada, no le extraña que los perros hablen: dice Ignacio Nacho que Espínola tiene mucho de esos «personajes **idealistas, románticos y hermosos**» con los que le gusta fantasear en sus obras. «Paco es un personaje absolutamente espectacular, con una vida que pueden ser cien; es un tío con una **sensibilidad impresionante**, que ha leído más de lo que se ha escrito y un hombre que mima los libros como yo creo que deben mimarse».